

## Desdichas de un turista en el Chocó

*Érase una vez en el Chocó*

CRISTIAN VALENCIA

Planeta, Bogotá, 2019, 212 pp.

EN UNA novela el hecho estético es más importante que la eticidad. Un buen narrador puede calumniar, exagerar, manipular o hacer lo que quiera, siempre y cuando su capacidad narrativa y prosística esté por encima de sus opositores.

¿Quién son esos? Los lectores –o el lector– que comparten, dudan, reafirman o niegan lo que la historia cuenta. Si el narrador es portentoso, es probable que sea más importante la verdad estética, la que él inventa, que el hecho ético, lo que en realidad es.

En una novela como *Érase una vez en el Chocó*, el espectador tendrá que decidir si creer o no. El departamento mencionado es abordado por su protagonista con cierto exotismo. El forastero se sorprende con todo, sin detenerse a pensar, porque los problemas son tan acechantes que no hay tiempo. O sí, sí piensa: pues a fin de cuentas la narración de John Soto es in situ y en primera persona.

Pues bien, he ahí un primer lunar: el narrador, que va en busca del padre de su amiga (Lola), de repente es devorado por una cantidad de sucesos que no deberían darle tiempo de meditar. Pero él lo hace, escribe, reflexiona, comenta: “Los planes en el Chocó se cambian con una facilidad impresionante. En Colombia entera es fácil cambiar los planes porque siempre está pasando algo; pero en el Chocó es mejor no hacer planes sino dejarse llevar por ese flujo continuo y desordenado de vida” (p. 179).

Y es que, en efecto, en la trama las cosas acaecen con tanta prontitud, que se exige complicidad. Y uno decide si participa o no. Quiero decir: si confía en las faenas de John Soto, un exmilitar bogotano, criado en una clase social alta, huérfano, padre divorciado, coqueto, buenmozo, galán, y como si fuera poco: de malas, de pequeño su padre lo llama *dark cloud*.

El narrador, pese a sí mismo, cuenta su historia con amenidad y gracia,

y eso es un elemento que promueve la lectura del libro.

Hay urdimbres tan bien elaboradas que a uno no se le pasa por la cabeza determinar cuál es el hecho real y cuál el de ficción. La de Cristian Valencia tiene momentos de intensidad, como sus primeras páginas, que inician con el desplazamiento y el problema: apenas llega al Chocó y ya está en conflictos, con la singularidad del escenario: ese primer encuentro con los personajes de Istmina, y el interrogante: ¿dónde carajos está el padre de Lola y qué es eso que le tiene a él?

No soy detective privado ni policía ni agente de impuestos. Es un favor. Mi vecina Lola me pidió el favor. Le dije que sí. Su padre desapareció hace un mes. Lo último que supo Lola fue que estaba en Istmina porque iba a hacer un negocio grande. De oro, le dijo. Luego desapareció. Lo busco por ella, porque ha logrado que me guste una mujer después de tanto tiempo y tanta rabia. Y lo busco porque su padre se fue con algo que me pertenece, pero esto no lo sabe Lola. (p. 11)

Pero luego la narración cae en un sensacionalismo innecesario. Escenas de mafia, de trifulcas, de paisajes, de rituales: de un montón de elementos que se hacen excesivos para una narración de 212 páginas.

El protagonista es asediado por la mala suerte, lo recuerda todo el tiempo –John Soto explica mucho: no le concede al lector un espacio para dialogar–, y entonces se vuelve sospechoso que, en tan pocos días, su vida esté acorralada por el más tenebroso peligro:

Los Garotos están desesperados por encontrarlo, dicen que usted les robó un paquete de “algo”. La gente de Julio también lo busca, que por meterse con la mujer de ese criminal. Acaba de llegar un poco de tropa al mando de un oficial, que también lo está preguntando dizque porque usted es el contacto para saber del general secuestrado. Y los que no saben quién es usted están ansiosos de encontrarlo primero porque usted, en este momento, vale plata: o pa’ quitarle el paquete que les robó a Los Ga-

rotos, o pa’ matarlo por guerrillero y cobrarlo, o para que los contacte con el frente de la guerrilla que se mueve por Nauca. Hasta le están achacando el asesinato de tres rusos que traficaban sapos venenosos y los mataron antier. (p. 192)

Del western que mantiene ansioso al espectador, la novela pasa a rimbombantes y pintorescas escenas. Desde el punto de vista turístico y del espectáculo quizá funcione; existen pocas fabulaciones contemporáneas sobre un departamento tan olvidado y relegado por el aparato estatal. Se nota que hay un trabajo de investigación e inmersión. Los conflictos socioculturales están exhibidos. Cristian Valencia es cronista: la buena reportería es notable.

Pero, a diferencia del periodismo (incluso en ese que llaman literario), en el aunamiento del qué y el cómo, de forma y contenido, en esa unión, hoy tan cuestionada, estriba la calidad y supervivencia de una obra: y por eso *La vorágine*, a pesar de estar escrita en un tiempo tan lejano al actual, permanece en el canon y en el aprecio de los lectores, pues la prosa del poeta Cova –junto a los infortunios que narra– posibilita su interacción con eso que llaman presente.

De hecho, al introducirme en *Érase una vez en el Chocó* pensé en el mejor Cormac McCarthy –el de *Meridiano de sangre*, *No es país para viejos*, *Hijo de Dios*, *La carretera*, etc.–, con una diferencia notable: el estadounidense narra territorios agrestes con estilo, sobriedad y dureza. Son obras vastas, que dicen mucho en poco, como también lo hizo Rulfo en Comala.

No es que la novela de Valencia anule esas facultades (pensé en el escritor norteamericano justo en esas primeras páginas de la obra, suponiendo que su desarrollo sería igual de fulminante). El lunar es que hay cierto afán por englobar las dificultades, los estilos de vida, los vaivenes, los modismos (“lógicamente”), los roles, la cultura que tienen los habitantes del departamento.

Si no es esa la pretensión, parece que lo fuera. Lo cual se podría aliviar si el héroe se conformara con ser un bogotano corriente, porque entonces el exotismo se haría natural. Pero no:

Soto fue militar, conoce muchas de las mañas de sus lanzas y todo el tiempo está recordando a sus padres (“el viejo Soto”, “mi madre, alma bendita”), y se esfuerza en explicaciones que a ese espectador emancipado –del que hablaba Rancière– le generan ruido.

La contraportada advierte que el volumen “inaugura la saga de aventuras protagonizadas por John Soto”. Tal vez eso explique el afán por familiarizar al lector con el protagonista y las andanzas que le esperan en el futuro. O mejor: persuadirlo –merced a sus virtudes– para que lo acompañe en sus nuevos periplos.

Ocurre algo paradójico con John: es un personaje agradable y –pese a algunas hipérboles– verosímil, pero es su exceso de mala suerte –la cantidad de adversidades que le caen– lo que arruina su existencia.

Si uno como espectador busca en la literatura un medio etnográfico, es dable que emerjan las ganas de saber más. El tono del narrador, ya lo he dicho, contribuye al aprecio. Pero si uno no persigue medios, ni periodismo, ni turismo, porque ante todo la fascinación es la literatura, ocurre lo contrario. Y la cosa es distinta, *lógicamente*.

**Jaír Villano**